



### XIII

**LOS** domingos y días de fiesta había dos misas en Citala, una que decía el ministro y otra el cura; rezada la primera, cantada la segunda. A la rezada acudía la gente trabajadora de las haciendas y ranchos inmediatos; y aunque se decía á las cuatro de la mañana, era concurridísima. A las tres, todavía de noche, comenzaban á voltear las campanas de la iglesia, dando repiques y entrando en variadas combinaciones de ritmos y armonías. Sonaba primero la mayor, luego la pequeña, y al último las dos juntas, y no cesaba el estrépito hasta el momento mismo en que se presentaba en el altar mayor, el sacerdote con

el cáliz en una mano y el bonete en la otra, acompañado del monaguillo, á quien agobiaba el peso del misal. Para asistir los rancheiros al santo sacrificio á hora tan temprana, necesitaban salir de sus casas á la media noche; venían á caballo vestidos con ropas limpias y zapatos nuevos, y acompañados por sus esposas é hijas, á quienes traían en la silla, en tanto que ellos caminaban á la grupa. Aquella misa se celebraba á la luz rojiza de los cirios, en medio del misterio de las sombras, y con acompañamiento de coros incesantes de toses. A la madrugada casi no hay quien no tosa en la iglesia; unos da la señal para la explosión de otras muchas, sin duda porque el recogimiento y compostura que deben reinar en el templo, exacerban el deseo de hacer ruido, ó bien porque el fresco viento matinal es propenso á resfriar los pulmones. La voz del oficiante, rezando en latín, oíase clara y distintamente en el presbiterio, y tanto la obscuridad reinante, como el aspecto de intimidad que tomaba la iglesia, á aquellas horas, despertaban el recuerdo de las ceremonias de los primeros cristianos en las catacumbas, donde reinaba eterna noche escasa-

mente iluminada por el débil fulgor de las lámparas.

La segunda misa era la del párroco, y se decía á las nueve. Era cantada, con sermón, y se prolongaba en sumo grado, acompañada de toda la pompa de un ceremonial complicadísimo. Conocíase que el buen cura se empeñaba en alargarla cuanto le era posible, sin duda para que los feligreses comprendieran la distancia que mediaba entre la dicha por un simple ministro y la celebrada por el jefe del curato; ó bien para herir la imaginación del concurso con la ostentación de tantos actos, incidentes y transformaciones. Antes de comenzar la misa, revestíase el cura con capa de tisú, y acompañado por el monaguillo, que llevaba en la mano el vaso de hoja de lata del agua bendita, recorría la iglesia de alto á bajo, sacudiendo el hisopo á diestra y siniestra, y distribuyendo frescos asperges en las manos y narices de los circunstantes. En seguida, despojándose de la capa á la vista del pueblo en el altar mayor, lucía por un momento la sutil alba adornada de calados y labores finísimas, y el pintoresco éngulo de borlas y vivos colores; y allí tam-

bién, con santa confianza, poníase la casulla recamada de oro y plata, introduciendo la tonsurada cabeza por el agujero central que divide las dos colgantes y sueltas mitades. Luego decía la misa con toda calma, sin darse prisa. A la epístola, sentábase en un viejo sillón de brazos colocado á un lado del altar, y el notario del curato leía con voz gangosa y llena de sonsonete las amonestaciones de matrimonios pendientes. Poco se comprendía de lo que hablaba el viejecillo regordete encargado de aquel ministerio, porque parecía hacer cuanto podía por no darse á entender; pero era oído con religioso silencio por el concurso. Las niñas núbiles ponían especial atención á la lectura, para darse cuenta de cómo andaba el mundo amoroso, y cuáles de sus conocidas ó amigas estaban en vísperas de casarse. Luego continuaba la misa, y antes del credo, subía el párroco al púlpito, y enderezaba una plática doctrinal á los circunstantes, no oratoria ni pedantesca, sino llana y sencilla, respirando caridad y unción en todas sus partes. Concluida la plática, volvía al altar mayor y continuaba la misa. Antes de terminarla, administraba la comunión á los

fieles, y después del último evangelio, rezaba numerosas oraciones coreadas por el pueblo devoto, de rodillas al borde del altar. De esta manera solía durar la misa mayor, entre dos y media y tres horas. Cuando salían los fieles, estaban sonando ó al sonar las campanadas de las doce.

Doña Paz y Ramona asistían á ella, tanto porque se decía á una hora más cómoda que la primera, como porque era la más elegante y aristocrática. A ella concurrían también las familias encopetadas de Citala. Los principales y más graves personajes luciendo vestidos domingueros, afeitados y con camisa limpia, tenían acceso al presbiterio. Las damas, engalanadas con sus trapos de cristianar, sentábanse en el cuerpo de la iglesia en el desnudo suelo, luciendo en las manos *Ordinarios* de misa, dignos de su nombre por la ruindad literaria de los libros. Los pisaverdes del pueblo situábanse en lugares estratégicos para dominar los puntos donde se hallaban las muchachas bonitas, y hablaban, charlaban y volvían la cabeza constantemente de un lado á otro, como si asistiesen á un espectáculo profano. A la hora del *Sanctus* y de la bendición, perma-

neceían en pie llenos de fiereza en medio de la multitud arrodillada, para dársela de des- preocupados y de guapos, con admiración de las niñas casquivanas y con escándalo de las viejas. El sacristán aparecía en las postrimerías de la misa con un platillo niquelado en la mano, pidiendo limosna para el culto, y hacía buena cosecha de monedas de cobre. Los ricos no daban nada ó casi nada, en tanto que los pobres labriegos y las mujeres de enaguas y rebozo depositaban en la bandeja el humilde tributo de su devoción, deducido del escaso salario de la semana, ganado á costa de un trabajo abrumador. El Profeta de Galilea, presente en el trono elevado de la cruz, veía desde el altar aquellas ofrendas, con la mirada enternecida con que distinguió el óbolo de la viuda en el templo de Jerusalem.

Gonzalo asistía, por de contado, á esa misma misa, entre otras razones, porque iba á ella Ramona. Es verdad que la piadosa niña jamás le miraba en la iglesia; pero también es cierto que él por su parte, no la perdía de vista ni un momento, y observaba todo lo que ella hacía: dar vuelta á las hojas del Lavalle, persignarse y hasta mover los

labios murmurando oraciones. Esto le bastaba para sentirse feliz, pues no había cosa que hiciera la joven, por pequeña que fuese, que no le pareciera encantadora. La nunca debilitada atención que ella prestaba á las largas y complicadas ceremonias de la misa, producían en el espíritu de Gonzalo una admiración respetuosa; y al verla arrodillada la mayor parte del tiempo, grave el semblante y con los ojos fijos en el altar, en actitud de catecúmena, sentía crecer y purificarse su ternura.

Como de costumbre, el domingo á que nos referimos, concurrieron á la misa del señor cura, Doña Paz, Ramona y Gonzalo. Mostró la joven esa mañana nuevos refinamientos de devoción, pues además de permanecer de rodillas durante la misa, rezó con los ojos nublados por lágrimas apenas contenidas. Doña Paz dió muestras de igual arrebatado religioso, con edificación de la gente, y Gonzalo se unió por instinto á los votos de la madre y de la hija. No podían comunicarse sus pensamientos; pero aquellos tres corazones latían al unísono, vibrando con los mismos dolores y las mismas esperanzas.

Concluido el santo sacrificio, esperó Gonzalo en el atrio de la parroquia, la salida de su tía y de su prima. Aparecieron en la puerta del templo cuando ya se había marchado toda la gente, sin duda porque habían querido rezar algunas oraciones finales y evitar las miradas de los curiosos. Al pasar junto á Gonzalo, detuviéronse á saludarle.

— Tengo que hablarte, díjole Ramona por lo bajo; pero no en casa, para que papá no te vea. Anda á visitar á Chole y nos esperamos.

— Voy corriendo; yo también quiero decirte muchas cosas. ¿Cómo han estado ustedes? prosiguió dirigiéndose á la señora.

— ¿Cómo quieres que estemos? contestó Doña Paz; afligidísimos con lo que pasa.

— Yomuriéndome, agregó Ramona pensativa.

— No es posible que ustedes se figuren cómo he pasado todos estos días, alternó el joven.

— Pero no hay que hablar mucho; si nos viera juntos Miguel, de seguro ardía Troya. Hasta luego, Gonzalo, concluyó doña Paz.

— Hasta luego tía.

En dos por tres llegó el joven á la casa de

Chole, evitando pasar por el frente de la de don Miguel. Acababa Chole de volver de la iglesia, acompañada de su tía doña Carmen. Esta buena señora, que estaba hecha una miseria por los años, parecía más vieja y encorvada de lo necesario, al lado de su sobrina, fresca, robusta y de garboso porte.

No era Chole bonita, tenía el cutis trigueño, y algo gruesos los labios; pero sí festiva, ruidosa y llena de donaire. No había tristeza donde ella se encontraba. Hablaba mucho, de prisa y en altas voces; reía á cada momento y con carcajadas tan sonoras y alegres, que convidaba á corearla á cuantos la rodeaban. Ingeniosa y burlona, ponía á todo el mundo como nuevo; pero eso no quitaba que se pasaran muy buenos ratos á su lado, oyendo las inflexiones regocijadas de su voz, y la cascada cristalina de su risa. El padre de Chole era un viejo humildísimo. Tenía un tendajo en el sucio portal del pueblo, y vendía pan, leche, ultramarinos, ropa y zapatos. Apenas podía hacer los gastos de su casa; pero como adoraba á su hija, no omitía sacrificio para vestirla con elegancia, según el uso de Citala, y para darle una educación de señorita rica. Así es que Chole

no solamente sabía leer, escribir y contar, sino también un poco de gramática y de ortografía, y aun algo de música. El organista de la parroquia dábala lecciones, y ella estudiaba todo el día en el ronco y desafinado piano que le había comprado su padre. Al sonar el pobre instrumento, tenía más ruido de palos que de cuerdas; pero Chole hablaba de él y le miraba como si fuera de tres pedales y de la fábrica Steinway. Con acompañamiento de aquella carraca, cantaba *Las Golondrinas*, *La Paloma* y otras canciones populares, que la embelesaban.

La muchacha en el fondo no era mala, sino ligera y vanidosa. Descontenta con su posición, soñaba riquezas, y habíasele metido en la cabeza hacer un matrimonio ventajoso. Era aquella la única puerta por donde podría salir de la modestísima situación en que vivía, para conquistar otra más desahogada.

—Buenos días, doña Carmen; buenos días, Chole, dijo Gonzalo entrando en la sala sin ceremonia.

—Muy buenos se los dé Dios á usted, Sr. D. Gonzalo, dijo la tía con voz desdentada.

— ¡Vaya una sorpresa! gritó Chole. ¿A qué se debe el prodigio?

—Hacía tiempo que no las visitaba, y dije: “ahora será bueno llegar á visitar á Chole y á su tía.”

—Mil gracias; creíamos que ya Ud. nos había olvidado. Siéntese.

—Usted Chole, continúe en la ventana; no quiero incomodarla.

—Bueno, en ese caso, acerque su silla; así podremos ver la calle y platicar al mismo tiempo.

—Perfectamente ¿No anda por allí el tenedor de libros?

—¿Quién es ese señor?

—Por Dios, Chole, Esteban. ¿No le conoce?

—Sí, ya caigo: el muchacho chaparro, comido de viruelas y feísimo, que no me deja ni á sol ni á sombra.

—No sea U. cruel; el pobrete la quiere á usted á rabiarse.

—Es muy chocante.

—Dice que usted no le recibe mal.

—¡Cómo le había de hacer caso á esa figura!

—Yo le digo á Cholita, interrumpió la tía, que si no quiere á ese mozo, se lo dé á

conocer, en lugar de hacerle consentir en otra cosa.

—Yo no le hago consentir en nada.

—¿Para qué lo niegas? Bien que te estás en la ventana cuando pasa, y le saludas y te ríes con él.

—¡No faltaba más, sino que cerrara la ventana porque anduviera él por aquí, ó hiciera la grosería de negarle el saludo!

—Hija, bién coqueteas con él ¡para qué lo niegas!

—Tía, no diga esas cosas delante de Gonzalo. ¿Qué se vá á figurar de mí? ¡Que soy una loca!

—Ni por mal pensamiento, repuso riendo Gonzalo; todo lo contrario.....

—¿Y usted? le preguntó Chole ¿en grande con Ramona, como siempre, eh?

—Sí, no ha habido cambio, bendito sea Dios.

—Pero ¿por qué no se casan de una vez? Ya fastidian con ese noviazgo tan eterno.

—Lo más pronto posible.

—No sea que le vayan á arrebatarse la prenda; dijo Chole riendo.

—No hay cuidado, repuso el joven con satisfacción.

—Es que por allí andan ciertos rumores.....

—¿De qué?

—De que don Miguel no quiere á Ud. ya para yerno.

—¿Eso se dice? preguntó Gonzalo sobresaltado.

—Todo el mundo lo repite en Citala.... Interrumpió Chole la frase, y mirando á la calle prosiguió: ya caigo por qué ha venido Ud. á visitarnos. ¿Cuánto apostamos á que doña Paz y Ramona se dirijen también para acá?

—Podrá ser ¿no se visitan ustedes?

—Sí; pero mire qué casualidad.

En esto llegaron á la ventana las dos señoras, y se detuvieron á saludarla.

—Pasen un momento, les dijo Chole, *aquí está Gonzalo.*

—Sí, pasaremos, repuso doña Paz sin darse por entendida de la indirecta, venimos á visitarlas.

Entraron y tomaron asiento en el estrado. Gonzalo se colocó junto á Ramona.

—Entrecierra la ventana, le dijo Ramona por lo bajo. No sea que pase papá y nos vea.

—Con permiso de ustedes dijo Gonzalo en voz alta, voy á cerrar un poco esta ventana, porque la vislumbre es muy viva.

—Está Ud. en su casa, repuso la tía.

—¿Cómo haremos para hablar sin que nos oigan? preguntó Ramona.

—Ya verás de qué manera, repuso el joven. Chole, continuó en alta voz, ¿no me hace Ud. el favor de cantar alguna cosa?

—¿Qué quiere Ud. que le cante? No sé nada nuevo.

—No importa; lo que Ud. guste.

—Ya le habrán enfadado mis canciones.

—Eso nó; á nadie le enfada lo bueno.

—Sí, ya sé que soy una Patti.....

—Tiene Ud. muy buena voz.

—Gracias por el *cumplimiento*. Pero, en fin, no soy de las que se hacen rogar. Cantaré lo que sepa, y como pueda.

—Vá Ud. á darnos un buen rato.

—Sí, porque van á poder hablar á sus anchas, contestó acercándose á los jóvenes con una pieza de música en la mano y en tono recatado.

—Cantas muy bien, Chole, replicó Ramona acertada.

Sentose al piano la morena, hizo un registro en el teclado, que contestó con un ruido semejante al de las escobas en el empedrado, y levantó luego el fortísimo acento cantando:

Aben Ahmet, al partir de Granada,  
Su corazón desgarrado sintió....

Doña Paz trabó conversación con doña Carmen, hablando de cosas de iglesia, del sermón, del circular del próximo día de la Asunción y de otras del mismo jaez, con lo que se olvidaron de cuanto pasaba en derredor. Entretanto Ramona y Gonzalo se comunicaban sus penas. Hablaron de lo mucho que sufrían sin hablarse, de la imperiosa necesidad que sentían de verse, de lo que pensaban el uno en el otro, de lo que soñaban, de lo que se querían, del afán que sentían por unirse para siempre; y suspiraban, y se veían con ojos tiernos y puros, y se conmovían en medio del diálogo cambiándoles á cada paso los colores del rostro.

Entretanto Chole no daba paz á la mano, ni á la garganta. Cantaba sin cesar una y otra canción, y concluido su repertorio, lo comenzaba de nuevo; pero sin fatigarse,



ni enfadarse, pues era tan afecta á aquel ejercicio y tenía la laringe tan resistente, que duraba las mañanas y las tardes enteras recorriendo y volviendo á recorrer las piezas que sabía, con monótono acompañamiento de los palos de su clave.

-- Antes de que venga á sentarse Chole, dijo Ramona, voy á decirte lo más interesante. Papá está más enojado que nunca con mi tío. Dice que ya hay sangre de por medio, y que no es posible que esto termine bien, porque tu papá mandó asesinar á Pánfilo Vargas, uno de los sirvientes mejores del Chopo.

—¡ Tú dirás si había de ser capaz de eso mi papá! Sucedió que Pánfilo riñó con Roque Torres, caporal de la hacienda, y resultó herido.

—Por supuesto; pero el caso es que papá está muy enojado. Roque cayó preso ¿ya lo sabes?

—No losabía; creía que se había escapado.

—Desgraciadamente nó; ¡pobre hombre!

—¡ Y cómo sigue el herido?

—Aliviado. Se lo trajeron del Chopo, y ya está mejor. Dice él que tiene *encarnamiento de perro*, y que si otro fuera el que hu-

biera recibido esas heridas, tal vez se hubiera muerto.

—Me alegro mucho; si vieras cuánto me ha preocupado el incidente!

—También á mí, y la mayor fatalidad es que hayan peleado en estas circunstancias, porque papá se exalta más cada día y no cesa de repetir que primero lo matan que permitir que nos casemos.

—Es una enorme injusticia. Ni tú ni yo tenemos que ver con esas cosas. Papá, por el contrario, me anima cuando me ve triste, diciéndome que no me aflija, que todo ha de quedar en nada, porque son locuras de mi tío don Miguel, y que al fin nos hemos de casar porque Dios nos ha criado al uno para el otro.

—¿ De modo que todavía me quiere?

—Lo mismo que siempre. Nada menos anoche me dijo con los ojos húmedos: "Pobrecita de Monchita; cómo habrá sufrido! No se me quita del pensamiento; ni tampoco Paz, mi pobre prima. Ellas son las que cargan con las consecuencias de nuestras necesidades."

—¡ Cuánto se lo agradezco! Dile que se lo agradezco con todo mi corazón, y que le

suplico ponga todo cuanto esté de su parte para que no siga adelante el enojo. Que se acuerde de mí siempre que esté muy enojado. . . .

—Mucho le sirve pensar en ustedes y en mí para contenerse, estoy seguro, porque nos quiere de veras á todos.

—Oye, todavía me falta decirte una cosa, prosiguió Ramona con timidez; lo más importante. Pero ¿me prometes no enojarte?

—¿Es cosa tuya ó de mi tío?

—Nó, mia nó, de papá.

—Entonces ¿por qué me he de enojar? Lo único que sería capaz de irritarme, sería que no me quisieras, ó que faltaras de algún modo al cariño que me tienes.

—Eso no ha de suceder nunca. Pues bien, papá me hizo saber anoche, que la persona que le gustaba para que se casara conmigo era . . . era . . . pero no te enojas . . . era . . . Luis Medina.

No se atrevió la pobre niña á ver á Gonzalo después de esto; bajó los ojos y guardó silencio atemorizada como si fuese á caerse el mundo. Gonzalo sintió una sacudida eléctrica. Casi no le sorprendió la revelación. Lo tenía en el pensamiento, lo pre-

sentía. Cuando Ramona vacilaba para pronunciar aquel nombre, veníasele á los labios á él, casi le murmuraba. Por eso fué mayor su cólera. Sintió que un arrebató ciego le embargaba, y que iba á desatarse en invectivas contra su tío. Pero ¿por qué afligir á Ramona con aquel desahogo brutal? Nada le autorizaba para aumentar sus penas, profiriendo injurias contra don Miguel. Ella le quería y jamás obsequiaría tales indicaciones. Era ingenua y se lo contaba todo; esto probaba su lealtad y su decisión. Pero el joven no podía hablar, porque la indignación le tenía embargada la voz.

—¿Qué dices de eso? murmuró Ramona después de un rato, alarmada por su silencio.

—¿Qué dices tú? Es lo que conviene saber.

—Que ni ahora ni nunca; que ó soy tu esposa, ó no me caso con nadie. Eso es lo que digo.

—Tengó confianza en tí; pero, la verdad, no hallo buena la conducta de mi tío. ¿Qué le he hecho para que así me aborrezca? ¿por qué me quiere destrozár el corazón? ¿por qué se empeña en labrar mi desgracia? . . . Diciendo esto el pobre mozo, sentía

que las lágrimas se le venían á los ojos, y casi no podía hablar. Pero tú me quieres, ¿no es verdad? prosiguió. En tí no han de hacer mella esas indicaciones, aunque vengan de su boca, porque me quieres, me quieres; ¡me lo has dicho mil veces!

—Con todo el corazón, bien lo sabes; así es que no debes apenarte por ese motivo. He querido hablarte de esto para que estuvieras al tanto de todo, y no te cogiera de sorpresa cualquier chisme que llegase á tu oído.

—Te lo agradezco. Aunque me duela saber ciertas cosas, nunca me ocultes nada.

—Nunca: ni tú á mí.

—Te lo prometo.

—¿Cuándo volvemos á vernos?

—Cuando gustes.

—¿Dónde?

—Aquí ¿te parece?

—Me parece bien.

En aquellos momentos, habiendo recorrido Chole todo el ciclo de sus canciones, había vuelto otra vez sobre *Las Golondrinas* y cantaba con voz poderosísima:

Mansión de amor, celestial paraíso,  
Voy á partir á lejanas regiones....

Concluyó y vino á sentarse al estrado.

—Perfectamente díjole Gonzalo; ha hecho Ud. grandes progresos desde la última vez que la oí.

—Sobre todo, me he hecho más útil, repuso la joven.

—Útil ¿por qué?

—Porque sirvo, dijo riendo estrepitosamente.... para distraerlos. Siempre que quieran oírme, vengan. Mucho gusto tendré en cantarles todo el día.

—Mil gracias, Chole, dijo Ramona roja como la grana.

Doña Paz y Gonzalo diéronle también las gracias, y éste agregó que aceptaba el favor, y que, de vez en cuando, siempre que sus ocupaciones se lo permitieran, vendría con gran placer á oír sus hermosas canciones.

A poco despidiéronse doña Paz y Ramona. Gonzalo siguió su ejemplo después de algún rato. Chole salió á dejarle hasta la puerta, y al despedirse le dijo:

—De veras, Gonzalo, aquí está mi casa á su disposición para siempre que quiera hablar con Ramona.

—La verdad, Chole, se lo agradezco mu-

cho, y aceptaré su favor en caso ofrecido. Es cierto que mi tío ha dado en no quererme, como se dice en el pueblo, y que ya no visitó su casa. No podemos hablar Ramona y yo por la ventana, porque no lo consiente mi tía; así es que estamos casi incomunicados. ¿Conque nos hace Ud. el favor?

—Sí, siempre que quieran. Y los dejaré solos para que hablen á sus anchas.

—¡ Que Dios se lo pague!

Con esto se alejó Gonzalo, en tanto que Chole permanecía un rato en el umbral del zaguán, esperando que pasase Esteban. Venía el buen chico vestido de gala y echando chispas de puro limpio, aunque cojaendo un poco y con una mano en cabestrillo. Pasó junto á la puerta y saludó á Chole con timidez quitándose el sombrero. La joven le contestó con graciosa sonrisa, y le siguió con la vista, diciendo para sí:

—¡ Qué feo está! ¡ y con ese golpe en la cara! ¡ Qué le habrá pasado al infeliz? Y lanzó un suspiro prolongado.



XIV

**N**O, dijo don Miguel cerrando los puños y golpeando con ellos los brazos del sillón en que estaba sentado; lo que soy yo no me dejo jugar el dedo en la boca. ¡ No faltaba más! He de recobrar mi terreno y he de hacer que sea fusilado el asesino de mi mozo, y castigado su instigador ó cómplice. Cuando la cosas no llegaban á mayores, pudo haber acomodamiento; lo que es hoy . . . después de la sangre derramada, de ninguna manera.

—Tiene Ud. razón, repuso don Santiago Méndez meciéndose en el sillón austriaco; comprendo lo que le pasa. Lo mismo haría yo en su lugar. Sólo que insisto en aconsejar-